

# LOS HUNOS Y LOS HOTROS

## *THE HUNOS AND THE HOTROS*

Sandro BORZONI

Liceo Classico e Linguistico Carlo Alberto, Novara  
*borzula@gmail.com*

### 1. DOS FORMAS, CÓNCAVA Y CONVEXA, DE UNA MISMA Y SOLA ENFERMEDAD MENTAL COLECTIVA

Bolchevismo y fascismo son las dos formas -cóncava y convexa- de una misma y sola enfermedad mental colectiva. Exterminar... extirpar... fulminar... (Unamuno, 1991: 51).

El primer tema al cual están asociados *hunos* y *hotros* es el totalitarismo, un totalitarismo que no tiene en los escritos unamunianos muchos detalles. Unamuno afirma la identidad entre comunismo y fascismo, fenómenos que no tienen una verdadera ideología política de fondo que permita diferenciar y matizar cada uno de ellos, y por lo tanto los describe como dos formas, cóncava y convexa, de una misma a-política. Este emparejamiento de fascismo y comunismo no es nuevo y no aparece por primera vez en el borrador del *Resentimiento trágico de la vida*. Unamuno desde años estaba emparejando *hunos* y *hotros* en sus artículos, y esta expresión no es más que la síntesis de la interpretación unamuniana que ligaba todos los totalitarismos entre sí, como regímenes negadores de la libertad del individuo. «Hoz y martillo o haces y yugo, ¿qué más da?» (Unamuno, 1984, 241). Lamentablemente la constante voluntad de agrupar siempre los totalitarismos entre sí prueba la imposibilidad de una adecuada crítica política y de una insuficiente comprensión del fenómeno histórico. Igualar bolchevismo y fascismo como totalitarismos solo por su carácter violento no ayuda a comprender la originalidad y los rasgos específicos que diferenciaron ambos movimientos.

Con respecto al tema, sin embargo, notamos que a pesar de los acontecimientos históricos de los turbulentos años del ascenso del fascismo, del nacionalsocialismo, y ahora del falangismo, Unamuno seguía opinando lo mismo que en 1922, cuando escribía que los «partidos que llamamos de extrema izquierda [...] en el aro que las opiniones políticas forman se tocan con los de extrema derecha» (Unamuno, 2004: 470). Y pocos párrafos más abajo, continuaba diciendo que no había ninguna diferencia ideológica entre comunismo y fascismo, y que por lo tanto tendrá que diferenciar los dos «ismos» según los colores que identifican

sus seguidores: rojos y negros (*ibidem*). No se trata de una idea peregrina y descabellada: esta ecuación entre «negros y rojos (*sic*)» no es una simple *boutade* retórica. De vuelta del destierro, sus opiniones acerca de la semejanza entre *hunos* y *hotros* no habían cambiado. Como en España nacionales y republicanos eran lo mismo, también los regímenes fascista y soviético no se diferenciaban: «El soviétismo-bolchevismo y el fajismo<sup>1</sup> son dos paradójicos partidos únicos. En Rusia el uno y en Italia el otro, y vienen a ser dos dictaduras. Dictaduras, no de una clase, ni de una casta, sino de una clientela, de un partido político en la peor y menos civil acepción de este término. Y son, naturalmente, dos oligarquías» (Unamuno, 1979: 169).

En otro artículo de 1932, Unamuno sostiene que otro factor que acomuna bolchevismo y fascismo es su carácter imperialista y que el imperialismo lleva en sí la necesidad de expansión y por lo tanto la beligerancia con las naciones extranjeras (Unamuno, 1979: 209). Tanto el fascismo como el comunismo son pues dictaduras de un partido, oligarquías, y en último análisis se vienen a identificar porque ponen el Estado por encima del individuo, forjan una auténtica «religión de estado. Religión de Estado que lleva al fajismo, sea de derecha, sea de izquierda» (Unamuno, 1984: 163).

Y siguiendo con los artículos de Unamuno, hay todavía más ejemplos, por lo tanto, la frase del borrador del *Resentimiento trágico de la vida* que hemos citado al comienzo del párrafo no es fruto de la desesperación de Unamuno por la Guerra Civil, en la que se registraron violencias gratuitas en ambos bandos. Unamuno, en todos los documentos posteriores al alzamiento militar, siempre habla de *hunos* y *hotros*, refiriéndose a nacionales y republicanos, y «todos son hunos», porque nadie es movido por una ideología o por patriotismo, sino por el resentimiento, la envidia, el deseo de venganza.

Todo lo que se diga de la salvajería de las hordas llamadas rojas o marxistas (??) es poco, pero la de los otros. Tan salvajes como los *hunos* son los *hotros*, en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia. [...] Es el régimen del terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horro-rizada. Ha brotado toda la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre *hunos* y *hotros*<sup>2</sup>.

Otra expresión que empleaba Unamuno para tomar las distancias de ambos bandos en vísperas de la Guerra Civil era el neologismo «alterutalidad». Un neologismo forjado sobre una equivocación lingüística:

Rematé la última lección de este mi cursillo con la promesa de explicar la posición personal del exponente respecto a la valoración de las diversas posiciones políticas, sociales y religiosas, y en el caso de dos combatientes, a las de estos dos. Y dije que mi posición es de «alterutalidad». Que si de neutralidad –de *neuter*, neutro, ni uno ni otro– es la posición del que se está en medio de dos extremos –supuestos los dos–, sin pronunciarse por ninguno de ellos, de «alterutalidad» –de *alteruter*, uno y otro– es la posición del que se está en medio,

el centro, uniendo y no separando –y hasta confundiendo– a ambos. (Unamuno, 1979, 382).

Unamuno, como he dicho arriba, se estaba equivocando. *Alteruter* tiene un valor bi-condicional, significa «uno de dos», o sea: «uno u otro» que no es «uno y otro». *Alteruterque*, sin embargo, tiene el significado que Unamuno quiere dar a *alteruter*, *alteruterque* significa «uno y otro», que pronto se convertirá en *hunos y hotros*. De todos modos, es cierto lo que Unamuno dice al final de la cita: *y hasta confundiendo a ambos...*

## 2. DEMENCIA DE ORIGEN PATOLÓGICO

[...] los jóvenes de masa o de fajo, de brazo erguido y puño cerrado –como la mollera– o en teatral saludo, a la supuesta romana, presas en demencialidad comunista o fajista. (Unamuno, 1970: 1227).

El segundo tema al que recurre con insistencia a la hora de definir *hunos y hotros* es la raíz común desde la que brotaron ambos bandos: una enfermedad colectiva. Una enfermedad mental. Una epidemia de locura, algo que el pueblo español lleva en su propia sangre. Algo heredado del pasado. El tema de la demencia de ambos es una constante en los últimos escritos de Unamuno, pero ya había utilizado expresiones como *dementalizados*, *desdementalizados*, refiriéndose tanto a los jóvenes militantes comunistas como a los fascistas al menos desde 1923 (Unamuno, 2004: 531-532). Quiero empezar a dibujar los perfiles de esta «epidemia de locura» leyendo el primer documento manuscrito de la época de la guerra, el borrador del discurso pronunciado por Unamuno el 26 de julio de 1936, desde el ayuntamiento salmantino (AUSA, CMU 72/39). Por un lado, en España, hay una crisis de carácter religioso y espiritual. A la crisis espiritual se une una profunda crisis cultural que ha rebajado la «capacidad mental» del pueblo, que se estaba envenenando «por indigestión de las más disparatadas doctrinas»; también los niños y los jóvenes, educados «en el odio y en la envidia y en la más triste confusión de supuestas ideas», se dejaban fascinar más por el culto a la violencia que por el amor a la inteligencia. En el texto del otro borrador encontrado por Urrutia (AUSA, CMU 65/37), de fecha incierta, pero posterior al 12 de octubre<sup>3</sup>, los conceptos del discurso anterior aparecen más articulados. El pueblo español ha perdido la fe de antaño y «no logra encontrar su propia fe». En la juventud, se nota «un triste descenso de capacidad mental y un cierto odio a la inteligencia unido a un culto a la violencia por la violencia misma». Pero la crisis espiritual y la crisis de la cultura, de por sí, no son suficientes para justificar tanto odio. Es una ola de «malas pasiones que venían hundiendo a España en la anarquía» y que se ha convertido en algo patológico. Hay muchos pasajes que se pueden leer de forma perfectamente sinóptica entre estos dos manuscritos y las pocas cartas autógrafas que Unamuno escribió en sus últimas semanas de vida:

En tanto me iban horrorizando los caracteres que tomaba esta tremenda guerra civil sin cuartel debida a una verdadera enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura <con cierto substrato patológico-corporal> (AUSA, CMU 72/38).

España, esta mi pobre España, está loca y aterrada de sí misma: padece de una enfermedad mental de una dementialidad, colectiva. Y con cierta fase patológica, y frenopática corporal o somática. (Carta a Maria Garelli Ferraroni, 21 de noviembre de 1936. Fotocopia incompleta del autógrafo, COR 545).

Y es que lo de España es una enfermedad mental colectiva, una epidemia frenopática, una especie de parálisis general progresiva, y no sin cierta base somática. (Carta a Lorenzo Giusso citada, cfr. n. 2).

Los que están empujando a la violencia no están movidos por algunos ideales socialistas o comunistas o anarquistas, les mueven un atávico resentimiento y la envidia. Unamuno llama a estos profetas del terror «criminales delincuentes amnistiados o no y dementes, que es peor acaso» en su discurso del 26 de julio, y después, en el manuscrito encontrado por Urrutia, «bandas de malhechores degenerados, expresidarios criminales natos sin ideología alguna»... A Lorenzo Giusso y a Maria Garelli, en dos pasajes de las cartas que se pueden leer casi en paralelo, dice: «bandas de forajidos, criminales vulgares, expresidarios, locos de atar, salvajes, ex hombres... que se dicen comunistas, sindicalistas, anarquistas y carecen de ideologías», y a otro corresponsal, Francisco de Cossío, escribe: «criminales vulgares, expresidarios, degenerados sin ideología alguna». Y su preocupación es que los nacionales no solo no sepan poner un freno a esta oleada de violencias y quema de iglesias, sino que su fármaco sea un mal peor que la enfermedad.

En otro borrador del archivo de la Casa-Museo, el tema de la enfermedad de carácter frenopático vuelve, y el clima de la Guerra Civil está descrito como un nuevo Terror.

Y la natural reacción a esto toma también muchas veces, desgraciadamente, caracteres frenopáticos. Es el régimen del terror. España está espantada de sí misma. Y si no se contiene a tiempo llegará al borde del suicidio moral. Si el desdichado gobierno de Madrid no ha podido querer resistir la presión del salvajismo apellidado marxista debemos esperar que el gobierno de Burgos sabrá resistir la presión de los que quieren establecer otro régimen de terror. (AUSA, CMU 72/38).

Escribiendo a Lorenzo Giusso, a Maria Garelli y a Francisco de Cossío el 21 y el 23 de noviembre, hay otro pasaje paralelo en sus cartas que una vez más se refiere a la enfermedad mental:

[...] España, está loca y aterrada de sí misma: padece de una enfermedad mental de una dementialidad, colectiva. Y con cierta fase patológica, y frenopática corporal o somática. Hay un terrible morbo que nunca ha sido bien tratado en España. (AUSA, CMU 72/38).

Ha brotado toda la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre, hunos y *hotros*. Y así está mi pobre España, se está desangrando, ensangrentando, arruinando, envenenando y entonteciendo. La deficiencia mental de nuestra juventud totalitaria -giovinezza- es espantosa. (Carta a L. Giusso, citada).

En el fondo es una locura colectiva con cierta base somática. Una epilepsia de la doble lepra española, la sífilis y la envidia. Lo de Málaga, Almería, Granada, Sevilla... es indecible. Esos degenerados andaluces, con sus bizantinas pasiones de invertidos sifilíticos y de eunucos masturbadores. (Carta a Francisco de Cossío del 27 de noviembre de 1936 citada en Robles, 1992).

«Aúllan y piden sangre *hunos y otros*»... escribe don Miguel a Lorenzo Giusso. Unamuno empleó el verbo aullar casi 25 años antes, en un artículo de *El Mercantil Valenciano*, para describir a las juventudes fascistas (Unamuno, 2004: 531), y ahora vuelve sobre el tema, diciéndole a su corresponsal italiano que el fascismo es la lepra nacional, es el odio a la inteligencia. Para Lorenzo Giusso, que adhirió desde primera hora al fascismo, Unamuno tiene una estocada precisa: «No se dejen ustedes, los italianos, engañar. Esta reacción inquisitorial española contra la tradición, la gloriosa tradición liberal española del siglo XIX, el siglo más glorioso de España, no es cristiana, ni es nacional» (cfr. n. 1). La carta a Lorenzo Giusso, lamentablemente, no llegó jamás a su destinatario. Los tonos de la carta al amigo Francisco de Cossío son todavía más aterradores. Escribe que Falange se ha convertido en algo inmundo, y sus asesinatos han dado a entender que en nada sus yugos y flechas se diferencian de hoces y martillos, y de nuevo vuelve a recordar las espantosas masacres de Andalucía.

La repetición casi obsesiva de los verbos «envenenar, ensangrentar, arruinar» asociados a las expresiones «locura colectiva, demencia de origen patológico, epilepsia, lepra» denota hasta qué punto el viejo liberal sufre viendo a su alrededor que todo tipo de valor moral ha quedado aplastado por el odio. En su carta al amigo de Valladolid, continúa desconsolado admitiendo su resignación, confiesa que, por lo que ve a su alrededor, ya no hay soluciones. España saldrá irremediablemente herida de esta guerra fratricida.

Esto no tiene remedio. España es hoy un manicomio de locos feroces y envenenados. Y más que de locos de dementes. Dementialidad cuartelera y demencialidad de sacristía.

*In interiore Hispaniae habitat* hoy la envidia, el resentimiento, el odio a la inteligencia, la ferocidad sanguinaria. Y así entre los *hunos* y los *hotros* están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y -lo que acaso es peor- estupidizando a la patria. (Carta a F. de Cossío, citada).

Todas estas afirmaciones están sacadas de los manuscritos y cartas que se guardan en el Archivo de Salamanca, se trata de fuentes de primera mano, de autógrafos de su propio puño. Quiero subrayarlo, porque se ha discutido mucho sobre la supuesta manipulación de las entrevistas que Unamuno dejó a la prensa extranjera en sus últimos meses de vida (que yo sepa se conocen quince), pero el tema de la enfermedad que ha contagiado a *hunos* y *hotros* vuelve puntualmente en casi todas las otras fuentes de segunda mano, como la tan discutida entrevista de Unamuno para los franceses de *Le Matin*, en la cual se habla precisamente de «epidemia demencial», de una guerra que nadie puede vencer, porque no se lucha contra una idea, sino contra «una plaga», y, en fin, la conclusión tan aterradora cuanto

coherente: «España sufre una epidemia de locura criminal. La demencia que la asola es tal, que sólo puede tener un origen patológico» (Unamuno, 2003: 396).

Lo mismo digo analizando cursivamente el texto de Román Fajans, para el *Correo de Varsovia*, que trata de una lucha contra un «pueblo enfermo» que tiene «una sangre envenenada» (Unamuno, 2003: 410-411)<sup>4</sup>. Y no quiero detenerme más sobre el tema de la enfermedad, porque vuelve en todas las demás entrevistas.

En resumidas cuentas, Unamuno recupera la idea decimonónica del pueblo español degenerado, del «pueblo enfermo», que tanto corrió de boca en boca en los ensayos del 98. A comienzos de siglo, el propio Unamuno corroboraba con sus palabras esa imagen del pueblo español salvaje y bárbaro, «gañanesco», y atribuía a su salvajismo los crímenes violentos que se cometían en España. Treinta y cinco años después, diciendo que la quema de iglesias y los fusilamientos son «la voz de una sangre envenenada», no se distancia mucho de las palabras empleadas en un ensayo de 1901:

La criminalidad española prueba nuestro fondo salvaje; ni de nombre, ni de cosa se conoce el sadismo aquí. Somos tribus de beduinos, acampadas hace siglos en España. Cuando se nos rasca, aparece cierta rusticidad bravía y un alma muy poco compleja, invertebrada. [...] Y con esto cierta complacencia marroquí allá en el fondo, cierto mal velado desprecio a la cultura europea, porque ellos estarán más adelantados. (Unamuno, 1971: 830).

Ninguno de estos argumentos es nuevo, desde la salvajería de la quema de iglesias y la denuncia de la brutalidad (contrapuestos a la civilización occidental), pasando por las críticas al gobierno de Azaña y al anarquismo, porque ya desde la revolución de Asturias Unamuno los andaba repitiendo en sus artículos de prensa. Es un dato sobre el cual es importante reflexionar.

Tampoco fue esclarecedor lo que don Miguel escribió acerca del fascismo italiano, pero sobre eso ya no quiero volver. En todo caso quiero recordar que, sin embargo, Unamuno conocía muy bien tanto la historia de Italia como la del fascismo. Y sabía que las violencias no eran simples actos de terrorismo, sino instrumento de acción política. Por lo que concierne a la historia del siglo XX, y en especial del fascismo, escudriñando los tomos de su biblioteca personal, se conservan todavía numerosos textos de denuncia publicados por la *Concentrazione antifascista*, que Unamuno se procuró casi seguramente durante el destierro en Francia gracias al contacto con los italianos exiliados en París. En Francia existían dos principales agrupaciones antifascistas. La primera era la *Concentrazione antifascista*, la otra, *Giustizia e libertà*, que publicó una homónima revista. Entre los escritos clandestinos de la prensa italiana destacamos dos números de la revista antifascista *Exoria*, que se publicaba en Francia: Francesco Ciccotti; *Re Vittorio e il fascismo* (Tolosa, *Exoria*, n. 6 y 7, marzo de 1927, pp. 112); Alceste de Ambris; *Amendola. Fatti e documenti* (Tolosa, *Exoria*, n. 8, abril de 1927, pp. 59). El ensayo de Eugenio Chiesa *La situation politique financière et économique en Italie* (París: Édition de la «Concentrazione Antifascista», 1929); las dos extensas monografías dedicadas al ascenso del fascismo en Italia de Silvio Trentin *L'Aventure Italienne* (París: Les

Presses Universitaires de France, 1928) y *L'antidémocratie* (Paris: Librairie Valois, 1930), o textos de seguro relieve historiográfico y de inspiración socialista, como *The fascist dictatorship in Italy*, de Gaetano Salvemini (New York: Henry Holt and Company, 1927) y números sueltos de *Giustizia e Libertà*<sup>5</sup>. Tampoco faltan en el archivo privado de Unamuno algunos números de revistas de orientación derechista: *La Tribuna*, *Il Popolo d'Italia*, *Antieuropa*, *L'Ambrosiano*, etc.

A todas estas lecturas hay que añadir la información que le proporcionaban puntualmente sus numerosos correspondientes italianos. Resulta problemático, por lo tanto, constatar que el fenómeno del fascismo se haya igualado sin más al fenómeno del comunismo, con la única excepción del color de los uniformes, «negros y rojos» (*sic*)..

### 3. GIOVANNI AMENDOLA. VÍCTIMA DE LA VIOLENCIA DE LOS HUNOS

Milicias civiles fueron las que asesinaron, a mandato de Mussolini, a Matteotti y mataron a palos a mi noble y puro y buen amigo Amendola. No, no, nada de camisas de uniforme y de ningún color<sup>6</sup>.

I nuovi barbari non hanno altra forma di imporsi che il delitto.  
(*Los nuevos bárbaros no tienen más remedio que afirmarse con el crimen*).

Francesco Saverio Nitti (Amendola, 2016: 203).

Quiero hablar aquí de un amigo italiano de Miguel de Unamuno que pagó la oposición al régimen de Mussolini con su propia vida: el diputado liberal Giovanni Amendola. Su amistad con Unamuno es poco conocida y, que yo sepa, el único escrito que habla de la relación entre los dos es el libro de los años setenta del siglo pasado de Gaetano Foresta *Unamuno y la literatura italiana*, en el cual se dio a la luz el epistolario entre los dos (Foresta, 1974: 153-169). Por supuesto hay otras referencias puntuales a él en más ensayos, pero en ninguno se cuenta toda la historia de la amistad entre ambos hasta el trágico final.

Giovanni Amendola (1882-1926) tenía casi veinte años menos de Unamuno, y se puso en contacto con el rector en diciembre de 1906, cuando permanecía en Alemania con su esposa lituana Eva Kühn. Como muchos italianos del tiempo, preguntaba sobre el *Quijote*, una obra que tuvo mucho éxito entre los jóvenes: «La rápida fortuna de su nombre entre nosotros nos hace esperar que él será un anillo de unión entre la vida íntima de España e Italia, y un manantial que lleve a nosotros una corriente de intensidad y ardor» (Amendola, 1907: 189). Su trayectoria política pertenecía a un futuro lejano que quizás no podía ni imaginar en aquel invierno de 1906. En aquellos años Giovanni Amendola escribía para *Il Leonardo* e *Il Rinascimento*, revistas en las cuales escribió también el mismo Unamuno en los mismos años.

Durante un tiempo Amendola fue también profesor de metafísica en Pisa, cargo que dejó cuando tuvo la oportunidad de trabajar para el diario de Milán, dirigido por Luigi Albertini, *Corriere della Sera*.

Sin embargo, después de la Gran Guerra, en la cual luchó con el grado de teniente, las cosas cambiaron. Se presentó a las elecciones políticas de 1919 con Democrazia Liberale y fue elegido en la circunscripción de Siracusa, en Sicilia. Unamuno, el año anterior, había sido elegido concejal en el Ayuntamiento salmantino y, en 1920, se había presentado a las elecciones para ser diputado en Vizcaya entre las filas del Partido Republicano. Como es sabido, fue condenado por injurias al rey.

La firme lucha de Giovanni Amendola contra el fascismo comienza en 1922, cuando el rey Víctor Manuel III ruega a Mussolini que forme un nuevo gobierno. La primera agresión física recibida por Amendola llegó al cabo de un año, en diciembre de 1923, cuando cuatro camisas negras le apalearon en Roma causándole varias heridas en la cabeza. Aquella agresión física no fue la última. En una carta que lamentablemente se ha perdido, Unamuno le pide información sobre sus condiciones de salud, porque el 13 de enero de 1924 Amendola contesta a don Miguel: «Gracias [...] por las palabras de solidaridad y simpatía que me quiso enviar. [...] Estoy mejor; en pocos días podré volver a mi trabajo» (Amendola, 2006: 195-196). Y Amendola volvió a su trabajo como diputado de la oposición, y fue el promotor del Manifiesto de los intelectuales antifascistas, que publicó el diario *Il Mondo*, uno de los últimos órganos de prensa contrarios al fascismo cerrados por el régimen.

En aquel mismo tiempo Unamuno luchaba con su pluma en contra de Primo de Rivera, y a los pocos días, el 20 de febrero, su oposición al dictador le costó la deportación en las islas Canarias. Cuatro meses después se mudó a París, con la complicidad de los periodistas de *Le Quotidien*, que organizaron su huida en barco.

Y la capital francesa fue también teatro del trágico destino de Amendola. La violencia política, en Italia, se había convertido en una práctica casi cotidiana. El 5 de abril de 1925, en Roma, en la centralísima Via dei Serpenti, Amendola sufre una segunda agresión. Con tono profético escribió a Luigi Albertini, director del *Corriere della Sera*, el 11 de abril, sobre la posibilidad de emigrar al extranjero (Amendola, 2016: 81). Una opción que no le dio tiempo practicar, ya que el 20 de julio de 1925 una patrulla de una docena de camisas negras, cerca del Casino de Montecatini Terme, le apaleó de nuevo. Es la tercera agresión física sufrida por el diputado liberal. Una agresión que Carlo Schanzer define «tremenda eclipsis de la civilización en Italia» (Amendola, 2016: 189). Amendola, herido a muerte en el cuerpo, pero invicto en el espíritu, decide dejar la península y moverse a Francia para recibir las mejores atenciones médicas. Estuvo un tiempo en Chamonix y en Vichy, y llegó a París el 3 de octubre, cuando Unamuno ya había dejado la capital y se había trasladado al norte, en la frontera española, en la ciudad de Hendaya. En París, Amendola recibe una intervención en la nariz. De vuelta a Roma, sus condiciones de salud no mejoran como se esperaba, y Amendola vuelve a París para someterse de nuevo al quirófano. Su situación, lamentablemente, ya está comprometida, y el 7 de abril la muerte le cierra para siempre los ojos. Dejaba a Eva Amendola viuda y cuatro hijos huérfanos.



Pues bien, Unamuno supo de su muerte, porque en una carta de 1931, que dirigió a Ramiro Ledesma Ramos, dijo:

Milicias civiles fueron las que asesinaron, a mandato de Mussolini, a Matteotti y mataron a palos a mi noble y puro y buen amigo Amendola. No, no, nada de camisas de uniforme y de ningún color<sup>7</sup>.

Unamuno poseía un número monográfico de la revista antifascista *Exoria* – enteramente dedicado a Amendola– que todavía podemos leer en la Casa-Museo Unamuno –en donde están detenidamente anotados los testimonios de cuantos lo vieron apagarse lentamente en Cannes y hasta los informes de los médicos de París que le operaron en un infructuoso intento de detener el hematoma en el tórax causado por las palizas de julio de 1925–<sup>8</sup>. ¡Unamuno leyó la revista!, si especificó a Ramiro Ledesma Ramos que le *mataron a palos*. Lástima que en ningún pasaje de la obra de Unamuno se denunciara públicamente el asesinato de Amendola (ni las anteriores agresiones). Lo que siempre me he preguntado, leyendo la carta a Ramiro Ledesma Ramos, es lo siguiente: ¿si Unamuno conocía tan bien a Giovanni Amendola, «noble y puro y buen amigo», por qué no dijo al mundo que era una víctima inocente? Los intelectuales italianos, en ocasión de su destierro francés, sí que habían levantado sus voces en defensa de Unamuno, un acontecimiento sobre el cual ya se ha escrito mucho. Si Unamuno sabía, ¿por qué se desahogó cinco años después, y de forma tan reservada? ¿Por qué se calló cuando supo lo que les estaba pasando a los amigos italianos que le habían ofrecido todo el apoyo moral que se pueda imaginar en el momento de su exilio, y dentro de la Italia fascista de 1924? ¿Por qué se indignó íntimamente y no expresó su desaprobación con su «pluma formidable»?

Esto es para mí un misterio inexplicable. Pero los silencios de Unamuno sobre los crímenes de *los hunos* y *los hotros* fueron muchos a partir de su regreso a España, y creo que algo se había roto para siempre en él: la fe en una España en paz. Porque *los hunos* y *los hotros* son las dos Españas; el rector las vio morir cada una de la otra media, como Fíguro en el cementerio cien años antes que él. Quiso alejarse de aqueos y troyanos, pero no fue suficiente, y hasta su muerte fue rodeada por *los hunos*. Falange Española quiso un protagonismo, durante su entierro, total y absoluto. Todos los falangistas acudieron con sus uniformes azules. «Justicia y honor a un creyente de España (*Arriba España*. Pamplona, 6 de enero de 1937)», dice la Jefatura de Prensa y Propaganda. «Desde el portal de su casa nuestros uniformes falangistas han llevado á hombros y han acompañado su cadáver hasta el Camposanto», repite Martín Almagro en el periódico oficial de Falange (La España grande de Miguel de Unamuno. *Falange Española*, 6 de enero de 1937). Y para seguir dando énfasis, siempre en el periódico oficial de Falange, Tregallo de Souza (seudónimo de Maximiano García Venero, uno de los dos maestros de ceremonias) reitera: «Camisas azules iban, asimismo, en torno al cadáver. Camisas azules saludaban al cortejo con el ademán nacional sindicalista» (Justicia y honor de la Falange a don Miguel de Unamuno. *Falange Española*, 8 de enero de 1937).

Unamuno sigue ahí, en el nicho 340, junto con su hija Salomé, en el cementerio de Salamanca. Tirios y troyanos siguen disputándose su memoria, pero él ya no puede seguir luchando con los mortales, y a nosotros no nos queda más remedio que callar.

οὐδ' ἂν ἔγωγε  
ἀνδρὶ μαχεσσαίμην ὅς τις πολέμοιο μεθελθῆ  
λυγρὸς ἐών  
(Yo no podría meterme con un hombre que abandona la lucha, porque es deplorable).

*Ilíada*, N (XIII), 117-119

## BIBLIOGRAFÍA

- AMENDOLA, G. Il serio nel sud. *Prose*, abril-mayo 1907, n. 3, pp. 188-190.
- AMENDOLA, G. *Carteggio 1923-24* (ed. de Elio d'Auria). Roma: Piero Lacaita Editore, 2006.
- AMENDOLA, G. *Carteggio 1925-26* (ed. de Elio d'Auria). Soveria Mannelli: Rubbettino, 2016.
- FORESTA, G. *Unamuno e la letteratura italiana*. Roma: Casa editrice di dialoghi, 1974, pp. 153-169.
- ROBLES, L. Otras lecturas del Epistolario inédito de Unamuno. *El País*, suplemento *Babelia*, 18 de julio de 1992.
- UNAMUNO, M. de. *Obras Completas*. Madrid: Escelicer, tomo VIII, *Autobiografía y recuerdos personales*, 1970.
- UNAMUNO, M. de. *Obras Completas*. Madrid: Escelicer, tomo IX, *Discursos y artículos*, 1971.
- UNAMUNO, M. de. *República Española y España Republicana (1931-1936)*. *Artículos no recogidos en las obras completas* (ed. de Vicente González Martín). Salamanca: Almar, 1979.
- UNAMUNO, M. de. *Ensueño de una patria. Periodismo republicano 1931-1936* (ed. de Victor Ouimette). Valencia: Pre-Textos, 1984.
- UNAMUNO, M. de. *El Resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la Guerra Civil españolas* (ed. de Carlos Feal). Madrid: Alianza, 1991.
- UNAMUNO, M. de. *La Política del último Unamuno* (ed. de Eduardo Pascual Mezquita). Salamanca: Globalia Ediciones Anthema, 2003.
- UNAMUNO, M. de. *Artículos desconocidos en «El Mercantil Valenciano»* (ed. de Laureano Robles y Manuel Urrutia). Valencia: Generalitat Valenciana, 2004.

## Notas

<sup>1</sup> Desde 1922, Unamuno rechazó la palabra italiana fascismo (del latín *fascis*) porque prefirió crear un neologismo a partir del castellano *fajo* y siguió empleándola durante todos los años treinta para definir el fascismo español también: «Cada vez más se habla en nuestra España del fajo –que es la forma a que pasó al castellano la palabra italiana «fascio», haz». Eso explica por qué en la mayoría de sus artículos encontraremos el término fajismo, y no fascismo. Cfr. «El fajismo en el reino de España». *El Socialista*, 28 de noviembre de 1922, y también «Superacionismo». *El Mercantil Valenciano*, 10 de noviembre de 1922.

<sup>2</sup> Carta a Lorenzo Giusso del 21 de noviembre, COR 545 bis.

<sup>3</sup> Para una relación cronológica de todos los escritos del último Unamuno, cfr. *CCMU*, XXIX, 1994, pp. 346-372.

<sup>4</sup> Entrevista de Román Fajans. Pascual Mezquita calcula que la entrevista fue realizada a mediados de noviembre de 1936.

<sup>5</sup> Cfr. GIOVANA, Mario. *Giustizia e Libertà in Italia. Storia di una cospirazione antifascista. 1929-1937*. Torino: Bollati Boringhieri, 2005.

<sup>6</sup> Carta a Ramiro Ledesma Ramos (Salamanca, 4 de marzo de 1931). Una transcripción íntegra del texto, con una fotocopia de escasa calidad del autógrafo unamuniano, se puede leer en: LEDESMA RAMOS, Ramiro. *¿Fascismo en España?* Barcelona: Ariel, 1968, pp. 85-86. Mejor es la reproducción del autógrafo facilitada por Trinidad LEDESMA RAMOS en su libro *Ramiro Ledesma Ramos; La conquista del Estado* (Madrid: edición de la autora, 1986). El pasaje de la carta a Ramiro Ledesma Ramos está citado también por Manuel Urrutia en *Evolución del pensamiento político de Miguel de Unamuno* (cfr. nota 623 en pág. 253-254) y por Víctor Ouimette en *Los intelectuales Españoles y el naufragio del liberalismo*, vol. I, op. cit. (cfr. nota 512 en pág. 223).

<sup>7</sup> Carta a Ramiro Ledesma Ramos, citada.

<sup>8</sup> AMBRIS, Alceste de. Amendola. Fatti e documenti. Tolosa, *Exoria*, Aprile 1927, n. 8 (U 5341).

RESUMEN: La expresión *hunos y hotros*, que Unamuno empleaba para definir el bando de los nacionales y el bando de los republicanos, es muy desafortunada para la comprensión de los dos fenómenos históricos en sí. Sin embargo, literariamente, tuvo grandísima resonancia. ¿Pero que entendía exactamente con esta expresión el rector honorario de Salamanca? Está claro que si Unamuno denominaba *hunos y hotros* a los partidarios de los dos bandos, lo hacía para destacar así la barbarie que acomunaba los actos de violencia tanto de los militares sublevados como de las izquierdas. Pero esto no es suficiente, y pienso que en la expresión se encuentran, a veces implícitamente, otras veces más rotundamente, dos otras ideas: 1) la equivalencia entre *los hunos y los hotros* a nivel político (dos formas, cóncava y convexa del mismo fenómeno) y 2) la degeneración de origen patológico de los españoles, contagiados por una demencia colectiva, como causa de las violencias de la guerra.

Concluye el ensayo un recuerdo de Giovanni Amendola, un diputado liberal que fue asesinado por las Camisas negras hace 95 años, antiguo amigo y corresponsal de Unamuno, víctima de la violencia y de la degeneración morbosa de *los hunos*.

*Palabras clave:* Amendola; barbarie; bolchevismo; camisas negras; fascismo; totalitarismo.

ABSTRACT: The expression *hunos y hotros* used by Unamuno to refer to the Nationalists and the Republicans (during the Spanish civil war) is considerably inadequate if used to comprehend historical phenomena themselves. However, it literally resonated with great popularity. What exactly did the honorary dean of the University of Salamanca mean by this expression? It is clear that if Unamuno designated *hunos y hotros* for these two opposing sides, he did so

to underscore the barbarism that the acts of violence proliferated by both the military rebels as well as the leftists. This, however, is insufficient, and I believe that there are two concepts, sometimes implicit and others explicit, that can be found in this expression: 1) the equivalent of *hunos y hotros* at a political level (two forms, concave and convex for the same phenomenon) and 2) the degeneration of the Spanish at pathologic level, propagated by and collective dementia, as a cause of the war-time violence.

The essay ends with a note about Giovanni Amendola, a liberal representative who was assassinated by the Blackshirts 95 years ago, old friend and correspondent for Unamuno, and victim of the violence and morbid degeneration of *the hunos*.

*Key words:* Amendola; barbarism; bolchevism; Blackshirts; fascism; totalitarianism.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu.28058>